

Chutanayta...

(Viene de la página 55).

llegué en el Internacional de ayer? Supieron, eh... por eso vinieron a conversar conmigo... a contarme lo que les pasa, a prometerme que pagarán los arriendos...

No supieron qué decir y bajaron la cabeza.

Don Roberto. —¿Me tienes miedo?

Chutanayta. —No, señor.

Don Roberto. —Conversaremos como amigos. Eso sí: no permitiré que me engañen; el que tenga quinientas ovejas, me dirá que tiene quinientas.

Chutanayta. —Somos pobres, señor.

Don Roberto. —¡Pobres!... Ya quisiera yo tener las ovejas, las llamas que ustedes tienen...

Chutanayta. —Cuarenta llamas cargueras, tengo, señor.

Tarky. —Y yo cincuenta ovejitas.

Don Roberto. —Ovejas, ovejas, ¿no?

Tarky. —Así será, señor.

Don Roberto. —¿Cuántos kilos de lana da por año cada oveja?

Chutanayta. —Kilo y medio, señor.

Don Roberto. —¡Kilo y medio! ¡Qué coyas atrasados! Una oveja abajeña da hasta seis kilos. ¿Por qué no compran reproductores de buena raza?

Chutanayta. —Aquí en Puna, se mueren de hambre las ovejas abajeñas, señor.

Don Roberto. —¿Y los pastos?

Chutanayta. —El colchar se seca...

Don Roberto. —¿Sí?

Chutanayta. —La peludilla, también.

Don Roberto. —¿Y no hay más?

Chutanayta. —El esporal se hiela; a la chillagua la quema el frío, señor.

Don Roberto. —¿Y no hay otros?

Chutanayta. —El iro es duro para las ovejas abajeñas, señor. Las ovejitas puneñas comen de todo: yareta cienequera, tola, canglia.

Don Roberto. —¿Y piedras, también?

Chutanayta. —Quién sabe, señor; yo no las vide comer piedras.

Don Roberto. —Con los caballos, ocurre lo mismo: aquí sólo hay caballitos peludos...

Chutanayta. —Los abajeños se mueren, señor.

Don Roberto. —¿De hambre?

Chutanayta. —A causa del mal de la puna, señor. Aquí nadie consigue criar potrillitos; la puna los mata.

Don Roberto. —Y a los burros, ¿les hace mal la puna?

Chutanayta. —Nada.

Don Roberto. —¿Y a ustedes?

Chutanayta. —Menos.

Don Roberto. —Claro; coquean todo el día y beben alcohol de noventa y cinco grados... Lo que me causa extrañeza es que ustedes sean tan flojos. ¿Por qué no siembran maíz?

Chutanayta. —El maíz no se cría en esta tierra, señor; no llega a mufiequear cuando ya lo matan el viento y el frío. Sólo la quínoa se cría y quínoa sembramos,

Don Roberto. —¿Cuánto pagan de arriendo?

Tarky. —Yo pago ciento cincuenta pesos por año y doy el tercio de la parición.

Don Roberto. —¿Qué extensión de campo arriendas?

Tarky. —Una fajita de cuatro cuadras de ancho y dos leguas de largo,

Don Roberto. —¿Y estás descontento?

Chutanayta. —Ahora quiere que le pague doscientos, que le entregue la mitad de la parición y que le pague el derecho de yerbal...

Don Roberto. —¿Derecho de yerbal?

Chutanayta. —Si las llamas se pasan a otra lonja, hay que pagar derecho por lo que comen. Y las llamitas no se arrean como las ovejas: disparan, disparan cuando tienen hambre. ¿Por qué no alambrarla la finca?

Don Roberto. —Es dueño de alambrarla cuando quiera...

Chutanayta. —Y mis compañeros no quieren pagar derecho de yerbal...

Don Roberto. —No sé, sé...

Chutanayta. —Y nos obligan a trabajar para ellos, veinte días por año sin darnos un centavo...

Don Roberto. —Ya se pasó la época de los esclavos...

Cachisumpi. —Cómo será, señor.

Don Roberto. —Sí, ya se pasó. Ustedes no debieran trabajar si no les pagan.

Chutanayta. —Nos obligarían a latigazos. Velay asina era la lonja del talero de don Isidoro; con esa les daba duro a los que no le querían trabajar de balde.

Don Roberto. —No tendrían puños...

Chutanayta. —El tiene revólver y dos carabinas. A mi también varios patrones me sobaron, hasta que huí cerro arriba con mi tropa de llamas. Ya no tengo patrón.

Don Roberto. —¿No?

Chutanayta. —No tengo, señor.

Don Roberto. —¿Y cómo?

Chutanayta. —Vivimos en el cerro; allá arribita hice una casa con piedra, con paja y terrón. Yo no pago arriendo.

Don Roberto. —Tendrás que pagarlo.

Chutanayta. —El cerro no tiene dueño, señor.

Don Roberto. —Todos esos son terrenos fiscales. Tendrás que pagar arriendo...

Chutanayta. —No tenemos con qué pagar, señor; si no nos dejan allí donde estamos, nos iremos más arriba, más arriba, donde mismo se asientan los nublados...

III

Cachisumpi, el cokanis, se echó camino de La Quiaca; a la grupa llevaba dos chiguas vacías; Kolke tomó el caminejo que va hasta las salinas de Casabindo; Tarky, el pastor de ovejas, se quedó en Abra-Pampa; Chutanayta, eligió, para tornar a su casa, un fragoso sendero de llamas. Chutanayta, como sus compañeros, andaba de a pie. Salió cuando el sol estaba alto; caminó sin descansar hasta un ojo de agua que había a la orilla de un despeñadero. Bebió de bruces y rompió a andar de nuevo. Cuando se hizo la noche, a la vera del sendero fragoso se sentó. No tardó en cerrar los ojos. Dormido, veía su choza de piedra, de paja y terrón, su ható de llamas, el telar de palos rústicos; la Collaguaima, acompañada de los queñuelos, lo aguardaba hilando con su puischca de queñua: de vez en vez, miraba cuesta arriba como buscándolo con los ojos negros, grandes, pensativos. Chutanayta, entre sueño se decía: Cuando llegue yo, le diré que tenernos que irnos más cuesta arriba, hasta donde mismo se asientan los nublados... Y a ella se le quitará la gana de comer y de noche no podrá dormir y andará todo el santo día detrás de las llamas hilando y hablando sola...

* *

Lo ví y tuve miedo a la muerte. ¿Me arrojaría una piedra con su honda pastoril? Me quise sentar sobre el estrado y no pude. Quedé largo a largo, vencido por la puna.

—Don Carlos está mal...—le dijo la Collaguaima.

No preguntó cómo, en qué, cuándo había llegado yo. Yo le hablé de esta guisa:

—Chutanayta... soy don Carlos; fuí malo contigo; te